

¡Aquí estamos!

(Veinticinco años de luto y de ignominia)

Hoy el luto es de plata.

Un cuarto de siglo pasó

desde que mataron a Paco Casanova

los esbirros de la muerte, el odio y la venganza.

***Años de plomo* los llamábamos,**

del plomo que aplasta el aire de vivir

y pesa un siglo de lutos y silencios.

Año tras año le hemos recordado.

Ofrecemos a Dios su duro sacrificio,

como si fuera nuestro, unidos a su causa,

y a la sociedad su terso ejemplo,

el ejemplo mayor que puede darse.

Que un mártir-testigo nunca muere

tan solo para sí, sino por todos,

también por los neutrales, lejanos, distraídos,

y hasta por todos los que hicieron del crimen cosa suya.

Nadie muere tan solo para sí. Y menos si le matan

asesinos a sueldo de cualquier fanatismo.

En la muerte del otro al encuentro nos sale

algo muy hondo de nosotros mismos,
y la muerte del otro
nos ofrece el regalo
de poder sustituir al ya difunto
y poder revivir
algunos de sus muchos empeños.

Una vasta red invisible y solidaria
nos une en la vida y en la muerte a los mortales
y enlaza el pasado, el presente y el futuro
para dar sentido y enjundia a la historia de los hombres.
Si solo el presente y el futuro nos valieran,
las víctimas antiguas serían la escoria de los siglos,
en la historia valdría el derecho del más fuerte
y seríamos nosotros un coro de cínicos inútiles.

Cristo, al descender al reino de la muerte,
se hizo solidario con los muertos,
haciéndoles partícipes del triunfo de su vida,
victoria universal de la justicia
de Dios en la historia.

Uno por todos, fue el lema del Cristo salvador.
Todos por uno, todos por todos es nuestra respuesta.

Esta es la razón del culto a nuestros mártires:
ellos nos dieron su sangre y su vida vicarias,

sublime testimonio de la red fraterna
que recorre invisible
el dolorido cuerpo de la humanidad,
poniendo amor donde arde el odio,
justicia donde injusticia,
y libertad donde hay solo
voluntad de poder y despotismo.
Nosotros, que, en vez de ellos, pudimos perecer
sustitutos objetos de la onda del mal,
aquí estamos, como ellos,
por ellos y con ellos,
cultivando sencilla y buenamente,
las cosas de la casa actual del mundo,
de la Europa común, de la entrañable España,
de la *matria* Navarra. Y porque no queremos
que nos gobiernen herederos y amigos
de los que, apenas unos años,
a sangre y fuego quisieron reducirnos a cenizas.

Algunos de los que entonces,
y años después, con nosotros estuvieron,
con nosotros rezaron y lloraron,
y regaron de aplausos nuestros versos y prosas,
ya no están.
Subidos a las gradas de un cargo cualquiera,

sumisos al subyugante yugo del poder y del dominio,
ahora dicen que es la hora
de la nueva política (la suya, por supuesto),
y que ahora son otros los nuevos enemigos
de eso que llaman libertad.
Otros, que no saben cómo ocultar la vergüenza,
para justificar su felonía,
dicen que esperan de un día para otro
que los viejos y nuevos forajidos
destruyan por fin, por arte de birlibirloque,
los ídolos sagrados guardados por el hacha y la serpiente.
Solo es humano el poder
de poder servir a los más débiles,
los pequeños, indefensos, víctimas diversas
de leyes implacables, de injusticias seculares,
del reino del dinero, de la fuerza y de la fama.

Volvamos al recuerdo de Paco Casanova
y de todas las víctimas,
que en los años de plomo y en los años de hierro
sufrieron y sufren los embates
de las fuerzas del mal y de la muerte.
Aquí estamos de nuevo, igual que entonces,
y en su nombre y por su gracia
prometemos seguir sustituyendo,

en la medida de nuestras pobres fuerzas,
su valor y coraje, su firmeza y su esperanza.

Sabemos bien

qué corta es la memoria activa de muchos,
qué raro es mantener el recuerdo del dolor y la muerte,
qué duro es dar la cara por alguien y por algo,
qué fácil y cómodo, en cambio, dar la espalda al deber
y cerrar con siete llaves la conciencia.

Los hombres del poder, pequeño o grande,
los grandes egoístas de ese mundo,
solo saben de fuerza y resistencia,
solo escuchan las voces de los suyos,
solo ven sus provechos e intereses.

Dios dejó en nuestras manos el remedio,
y nuestro mundo es nuestro a todas horas.

Lo mejor que tenemos son las víctimas:

Lo suyo son hechos y no palabrería,
sacrificios vitales, no solo juegos fatuos.

A ellas, pues, volvemos, a ellas acudimos.

En ellas confiamos, en ellas nos fundamos.

No necesitamos otra guía.

Y en ellas seguimos sosteniéndonos,
porque son nuestra apoyo más seguro.

víctor manuel arbeloá, pamplona, 15 de junio.

